



Grupo 11: Producción y autogestión del trabajo en la economía social

Del trabajo individual al trabajo colectivo. Reflexiones a la luz del caso de los pescadores de Rosario.

Julieta Mascheroni

Centro de Investigaciones y Estudios del Trabajo (CIET) de la Facultad de Ciencia Política y RR.II. UNR/
CONICET

julietamascheroni@gmail.com

I. Introducción

Esta ponencia surge de una experiencia de trabajo e investigación con pescadores de la ciudad de Rosario, iniciada en el año 2009, que fue objeto de análisis para la realización de la tesina¹ de licenciatura de la carrera de Ciencia Política y se continúa en la actualidad en mis estudios de posgrado.

En líneas generales, el proyecto que da inicio a este proceso, consistió en la propuesta de conformar una asociación civil con un grupo de pescadores de Rosario (específicamente del barrio Mangrullo) con el fin de mejorar su posición en la cadena productiva, a partir de la apropiación de pautas de trabajo colectivo. Se realizó en el marco de una materia proyectual de la carrera de Ciencia Política en conjunto con el Coordinador del Programa de Pesca Artesanal de la Subsecretaría de Economía Solidaria de la Municipalidad de Rosario.

Con el mencionado proyecto, apuntábamos a promover un conjunto de actividades que permitieran, a través de distintas instancias de intercambio y capacitación, la internalización de pautas comunes y afines al grupo, la incorporación de habilidades y destrezas y el mejoramiento en la calidad de vida de la población destinataria y sus familias. A través del fortalecimiento de los lazos de asociatividad, pretendíamos lograr el acercamiento de este sector a otras organizaciones de la sociedad civil así como a organismos estatales capaces de proveer financiamiento para futuros emprendimientos y para fortalecer a la población destinataria en relación a su posición en la cadena productiva.

¹ Mascheroni, J. (2012). *Sobre la influencia de las formas de dominación simbólica en la construcción de pautas de trabajo colectivo. El caso de los pescadores del barrio Mangrullo*. Rosario, Santa Fe, Argentina: Tesina de grado. Facultad de Ciencia Política y RR.II. Universidad Nacional de Rosario. Defendida el 13 de junio del 2012. Dirigida por María de los Ángeles Dicapua. Disponible en la biblioteca de la Facultad de Ciencia Política y RR.II. UNR.



El proyecto se vio reforzado ante la obtención de un subsidio otorgado por el Gobierno de la Provincia de Santa Fe, el cual consistía en brindar apoyo económico a emprendimientos productivos colectivos. Luego de distintos encuentros y discusiones entre los involucrados, se decidió destinarlo a la compra de una cámara de refrigeración que debía ser gestionada colectivamente por este grupo de pescadores.

La posesión de medios de refrigeración implicaría una fuerte mejora en las condiciones y posibilidades de negociación de los pescadores comerciales respecto de los intermediarios al momento de la venta del producto extraído. De esta forma, se esperaba que dicha iniciativa actuara como un elemento aglutinante adicional al proceso asociativo que ya había comenzado. A su vez, se apuntaba a que posibilitara la generación de lazos institucionales que favorecieran el establecimiento de programas de formación y capacitación de los miembros de la Asociación en el manejo sustentable de los recursos.

La imposibilidad de sostener este proyecto en el tiempo y las dificultades surgidas para superar las formas individualistas y aisladas de organizar la producción y comercialización, nos llevó a plantearnos cuáles y por qué determinadas condiciones -económicas, políticas, sociales, culturales, y simbólicas- actúan como obstaculizadores para la creación de pautas de trabajo asociativo.

Partimos de la hipótesis de que las prácticas de trabajo y comercialización de los pescadores se sostienen sobre relaciones de dependencia y dominación dadas por el vínculo establecido con los intermediarios de la cadena productiva y, por otro lado, que dadas estas relaciones se genera una forma de pensar los intercambios económicos en la cual los actores no adoptan nuevos roles de gestión y organización ni desarrollan liderazgos fijos y estables, obstaculizando la posibilidad de revertir esas relaciones opresivas de intercambio.

A partir de esto, buscamos otorgar elementos explicativos que permitieran comprender las dificultades de estos actores para trascender estos vínculos de dominación así como la conflictividad inherente al pasaje de una forma de trabajo individual a formas colectivas de gestión. En este trabajo, apuntamos a exponer los resultados de esta experiencia de intervención e investigación, así como los interrogantes surgidos. Buscaremos presentar la forma en que este grupo de trabajadores organiza sus procesos de trabajo y comercialización y cómo, a partir de los mismos, se estructuran los vínculos de dominación con otros actores de la cadena productiva. A su vez, reflexionaremos sobre algunos elementos de la dimensión simbólica de estos vínculos. De este modo buscamos discutir ciertos aspectos y dificultades encontrados a la hora de iniciar procesos asociativos desde la lógica de la economía social y solidaria.



II. Algunas consideraciones en torno a la actividad

a) En torno al nombramiento del sector

Resulta realizar ciertas aclaraciones en torno a la denominación del sector. Mientras en algunos trabajos (Wiefels, 2005) prefieren utilizar el término pesca artesanal, apuntando a que esta expresión permite revalorizar el rol del productor y de sus habilidades y no sólo el del producto o la forma de obtención del mismo, McGoodwin (2002), opta por hablar de pescadores comerciales de baja escala ya que la característica principal que define a este grupo es, justamente, la pequeña escala de sus inversiones de capital y niveles de producción.

El mencionado autor, considera al término artesanales erróneo, ya que la mayoría de los pescadores en la actualidad no fabrican sus propias herramientas de trabajo, sino que las obtienen dentro de su comunidad. “Comerciales de pequeña escala” aparece así como una expresión más útil porque abarca los dos tipos mencionados de pescadores (es decir, aquellos que fabrican sus herramientas de captura y aquellos que las obtienen del mercado) y, además, porque es aplicable a una gran diversidad de trabajadores ictícolas de todo el mundo que viven tanto en países en desarrollo como desarrollados y que lo que principalmente tienen en común es el perfil lucrativo de su actividad y el grado relativamente pequeño de sus inversiones de capital, niveles de producción y poder político, por lo que resultan vulnerables a las amenazas procedentes del exterior de las mismas, la mayor de las cuales es en muchos casos el sector pesquero en gran escala.

En el año 1997 en la provincia de Santa Fe, mediante la Resolución 51/97 aparece también esta división en la pesca comercial entre pesca artesanal y pesca comercial propiamente dicha. En el primer caso, se caracteriza al trabajador como propietario de las herramientas que utiliza y del producto de su trabajo; en el segundo caso existe un patrón, el acopiador, que es el propietario de las herramientas de pesca y del producto del trabajo del pescador, que posee una relación de dependencia con el empleador. De acuerdo a la caracterización efectuada en la mencionada resolución, el pescador artesanal utiliza al pescado como fuente de alimento y en muy pequeña escala para la venta mientras que los comerciales propiamente dichos realizan una actividad a mayor escala. Existen diferentes reglamentaciones para ambas categorías (Iwaszkiw, 2001).

Posteriormente, de acuerdo a la ley 12.212, se opta por utilizar el término Pescador Artesanal a quien define como aquél que cumple con ciertas condiciones relacionadas con las embarcaciones y potencia de motor utilizado y con el requisito de realizar la pesca por cuenta propia, sin establecer relaciones de dependencia laboral con terceras personas. El producto de la pesca es de su propiedad



y el mismo debe ser destinado al consumo familiar, la venta directa al público, a comercios o acopiadores, según su propia decisión (Ley Provincial de Pesca 12.212, 2004).

Si bien, como podemos apreciar en las normativas de la provincia de Santa Fe y distintos escritos relativos a la temática se refieren predominantemente al sector mediante el término Pescadores artesanales, adoptamos la denominación de pescadores comerciales, tomando así elementos de algunas de estas definiciones y dejando otros. Consideramos que esta denominación se aproxima con mayor exactitud a las situaciones observadas en el trabajo de campo. En las mismas, los actores son dueños de las herramientas de trabajo las cuales pueden ser adquiridas en el mercado o fabricadas por las familias; si bien se establecen relaciones de dependencia con los acopiadores (como se desarrollará más extensamente luego), no parece correcto caracterizar a esta relación como la de un empleador-empleado. A su vez poseen un perfil que excede al de supervivencia, no siendo menores las porciones que se dedican a la comercialización y constituyéndose esto en el fin principal del desarrollo de la actividad. No tomaremos sin embargo el concepto completo aportado por McGoodwin ya que el mismo pierde ciertas habilidades descriptivas para la pesca continental, siendo más representativo de la pesca marítima. En la misma es factible trazar un línea entre la pesca en gran y pequeña escala no siendo posible de realizar para nuestra realidad paranaense, ya que en la cuenca del Paraná sólo se realiza actividad de pesca en pequeña escala (Crespi, 2011)

Siguiendo a Rein y Schön (1999, pág. 337) consideramos que: “*(e)l nombre asignado a un terreno problemático, llama nuestra atención hacia ciertos elementos y nos lleva a pasar otros por alto. Organizar las cosas nombradas las une en un todo integrado. El proceso complementario de nombrar y enmarcar construye socialmente la situación, define cuál es su problemática y sugiere cuáles son los cursos de acción apropiados.*

De esta forma, el énfasis en el perfil comercial del sector mediante esta denominación adoptada, permite tener una visión y un acercamiento más real a las características que reviste, develando las relaciones principalmente regladas por el capital que entablan. La utilización del término artesanal por el contrario, enfatiza otros aspectos de la actividad (muchos incluso no aplicables hoy en día) velando estas relaciones signadas principalmente por el lucro y la venta.

b) Perfil regional de la actividad pesquera.

En este apartado, buscamos poner en relieve, si bien someramente, el lugar que ocupa la actividad pesquera en la región, especialmente en la provincia de Santa Fe y la ciudad de Rosario.



La Argentina obtiene la mayor cantidad de su producto pesquero de agua dulce, de la Cuenca del Plata (FAO C. A., 2004). El sábalo es la especie con mayor predominio de capturas dado su gran valor comercial. Su extracción a gran escala se inicia en la década de 1930, con el establecimiento de plantas para la extracción de aceite de pescado, guano (utilizado como fertilizante) y la elaboración de harina de pescado (que se comercializa para fabricar alimentos balanceados) (Espinach & Sánchez, 2007),

En la década de 1980 se da la primer experiencia de exportación de sábalo congelado para consumo humano hacia países de África y Medio Oriente (fundamentalmente Nigeria y Jordania), Brasil y Japón. A las mismas se dedicó el 80% del total de lo capturado en las subcuencas del río Paraná y de la Plata (Prol, 2010).

Hacia mediados de la década del 90 hay una fuerte merma de la industria de reducción (mediante la cual se obtiene harina y otros productos previamente mencionados) y se produce un gran aumento de la actividad exportadora de pescado entero para consumo humano, relacionado entre otros factores a la conformación del Mercado Común del Sur –MERCOSUR- y a la apertura de barreras arancelarias para la exportación de pescado a Brasil (Crespi, 2009). Esto impulsó un rápido incremento de las capturas: entre 1994 y 2004 las exportaciones argentinas registradas pasaron de 2.785 a 32.000 toneladas de sábalo eviscerado, situando a esta especie en un lugar destacado de las remesas ictícolas de nuestro país al exterior. Este incremento estuvo acompañado por una reducción en el tamaño medio de los peces capturados, debido al aumento del esfuerzo de pesca y a la progresiva disminución del tamaño de malla de las redes utilizadas (Espinach & Sánchez, 2007).

Desde principios del 2001, se viene registrando un marcado incremento en la explotación industrial de la pesca en el río Paraná, principalmente en la región que comprende la zona de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe. Esto produjo también un aumento de la captura comercial, que llega a volúmenes cercanos a las 25 mil toneladas por año, de las cuales un gran porcentaje se exporta y el resto se destina a consumo interno (Prol, 2008).

El 90 % de la producción pesquera continental exportada del país se concentra en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos. En esta zona la pesca comienza a fines del siglo XIX y principios del siglo XX con el fuerte proceso inmigratorio que atravesó el país y se refuerza entre las décadas del 1930 y 1940 con las migraciones internas (Prol, 2010). Es en este período en el cual se asientan en la región las familias de las que descienden muchos de los pescadores que desarrollan su actividad hoy en día.



La provincia de Santa Fe posee unos 700 kilómetros de costa sobre el río Paraná. Si bien todas las localidades ribereñas son escenario de actividad pesquera, sólo diez de ellas poseen Puerto de Fiscalización de Productos de la Pesca Comercial. Estrictamente hablando, la pesquería santafesina de sábalo se extiende desde la ciudad de San Javier en el norte, hasta la localidad de Puerto Gaboto en el sur, ocupando el valle aluvial dentro de los límites políticos provinciales.

La ciudad de Rosario posee unos 20km de costa frente al río Paraná en los cuales desarrollan su actividad 240 pescadores (Registro Pescadores Artesanales 2010. Ministerio de Producción, 2010). Históricamente, los asentamientos de pescadores se ubican en las proximidades de los centros urbanos. Con la expansión de la urbanización muchos de ellos debieron enfrentarse o bien a la erradicación (como en el norte y sur de la ciudad) o a la amenaza de desalojo. Con estos movimientos, se irán modificando los puntos de desembarco y descarga, lo que redundará en su reducción a algunas zonas específicas (Prol, 2010). Esto, sumado a los lugares de pesca utilizados y las características propias de los pescadores que desarrollan su actividad en uno u otro espacio dieron lugar a la conformación dos grandes núcleos pesqueros que si bien poseen características comunes, presentan problemáticas y dinámicas particulares (Crespi, 2009). Nos referimos a la desembocadura del Arroyo Ludueña (Distrito Norte) por un lado y la desembocadura del Arroyo Saladillo (Distrito Sur) por el otro.

En el distrito Sur, el epicentro pesquero se encuentra en el barrio Mangrullo, ubicado frente al Frigorífico Swift, a orillas del río Paraná, atravesado por un brazo del arroyo Saladillo. Es en este espacio, en donde centramos nuestras indagaciones.

c) Actores del proceso productivo pesquero

La cantidad total de pescadores en la Provincia de Santa Fe de acuerdo al relevamiento anual del 2010 es de 3024 (Registro Pescadores Artesanales 2010. Ministerio de Producción, 2010), de los cuales unos 2700 se encuentran dentro del área geográfica de la pesquería de sábalo. De acuerdo al informe realizado por Espinach y Sánchez (2007), la mayor cantidad de pescadores se concentran entre las ciudades de Santa Fe, Reconquista y Rosario.

En el mismo informe, los autores sostienen que es posible distinguir dos grupos entre los pescadores. Por un lado aquellos que provienen de familias históricamente relacionadas con la actividad que poseen rasgos culturales propios y claramente identificables. Este grupo ejerce la pesca con herramientas y embarcaciones de su propiedad. La dedicación puede ser completa o



parcial y si bien tienen cierto grado de relación permanente con algunos acopiadores, no establecen con ellos un verdadero vínculo de dependencia laboral.

El segundo grupo está constituido por pescadores que no tienen antigüedad en la actividad, y otros provenientes del grupo de los históricos que han entrado en relación con grandes acopiadores y frigoríficos. En este caso son estos últimos quienes les proveen las artes de pesca y en algunos casos también embarcaciones o motores. Lo que caracteriza a este tipo de pescador es cierto grado de abandono de las pautas culturales típicas de la actividad y una dedicación más intensa en horas diarias de pesca y cantidad de artes utilizadas.

Existen otros dos actores que conforman el sector pesquero previamente mencionado. Por un lado, los acopiadores de pescado, intermediarios de la cadena productiva, quienes se ocupan de concentrar el producto recorriendo los puntos de desembarco e ingresarlos en la cadena de frío. Se desempeñan en estas actividades comerciales o como propietarios a gran escala de equipos de pesca, pero no participan directamente de las actividades de captura sino que emplean a pescadores que explotarán estas herramientas a cambio de un salario. Existe otro tipo de acopiador que desarrolla su actividad en menor escala y se desempeñan como vendedores minoristas. Estos actores compran el pescado a otros acopiadores que trabajan en mayor escala o directamente en los puntos de desembarco para su posterior venta al público con o sin procesamiento.

El tercer eslabón de esta cadena son los frigoríficos. Los mismos, manejan los mayores volúmenes de venta, tanto de pescado fresco como procesado en una amplia variedad de formas. Venden dentro del país a grandes centros poblados, como Capital Federal, Córdoba y Tucumán, pero en forma creciente durante los últimos años han dirigido su atención a la exportación, hacia donde actualmente destinan más del 90 % de lo que procesan.

Como señala el coordinador del área de Pesca Artesanal de la Municipalidad de Rosario, en ocasión de un informe realizado en el año 2009 acerca de la situación de la pesca: “*Se fue configurando una ‘cadena de valor’ –en donde participan pescadores artesanales, pequeños, medianos y grandes acopiadores y frigoríficos exportadores- fuertemente estratificada con un alto nivel de informalidad y sujeta a transacciones desiguales y altamente conflictivas*” (Crespi, 2009).

III. Procesos de Trabajo

El análisis en torno al trabajo pesquero se realizó teniendo como base los aportes teóricos de Marx. Para el mencionado autor, la forma en que se trabaja, los procesos y los instrumentos que se ponen en juego, despliegan las condiciones sociales en que se desenvuelve esta labor y sus



ejecutores. No involucra entonces sólo a la actividad corpórea individual sino a todas las condiciones físicas y espirituales que el hombre pone en acción al producir. El trabajo es un mediador entre el hombre y la naturaleza, una expresión de su vida. Por medio del mismo el hombre no sólo transforma la naturaleza sobre la cual opera, sino que se transforma a sí mismo.

Para Marx, un proceso de trabajo, en sentido general, combina los medios de producción (que incluye los medios de trabajo y el objeto de trabajo) con la fuerza de trabajo. La relación, determinada socialmente, entre los medios de producción y la fuerza de trabajo constituyen la organización técnica del trabajo. Por otro lado, las relaciones entre los agentes que intervienen en el proceso productivo definen las relaciones sociales de producción, la organización social del trabajo. El proceso de trabajo de captura aquí analizado fue estudiado a lo largo de la investigación en estos dos niveles. Para este trabajo, expondremos sólo algunas de las conclusiones a las que arribamos.

a) Organización técnica del trabajo

Marx conceptualiza a la pesca, junto a otras actividades productivas, en la categoría “industria extractiva” a la cual destaca como: “*aquella a la que la naturaleza brinda el objeto sobre el que trabaja*” (Marx, 1999, pág. 133).

En este sentido, cabe mencionar que la actividad ictícola, y las modalidades que adopta su proceso de producción, se halla condicionada por las características y fluctuaciones que presenta el ecosistema con el cual interacciona, como las oscilaciones anuales y estacionales de peces, la escasez de las capturas, los regímenes de reproducción de las especies, el régimen hídrico, entre otros. Esta dependencia es fuerte ya que el trabajo humano no ha desarrollado su control sobre estos ciclos naturales al mismo nivel en que lo ha realizado con la producción agrícola (Rodríguez, 1991). Esta imposibilidad de reproducir libremente el objeto sobre el cual opera, actúa como un fuerte determinante de la actividad.

Todos estos rangos de variación le imprimen a todo el proceso productivo pesquero grados de incertidumbre y riesgo muy altos. En *El Capital*, Marx (1999) remarca cómo en la industria extractiva la materia prima no es producto de un trabajo anterior sino un “*regalo de la naturaleza*” (ídem 508-509), por lo cual en esas explotaciones, el capital constante se invierte únicamente en medios de trabajo los cuales pueden ser sometidos a explotación suplementaria ampliando las horas de labor. Remarca entonces que en igualdad de condiciones, la producción aumentará en relación directa con el trabajo empleado. Sin embargo, en el caso de la pesca al no poder medir o prefijar cuánto se extraerá a partir del esfuerzo laboral, la productividad del trabajo, permanece incierta e incommensurable. Podemos ver entonces que: “*En vez de invertir en la captura, el capital abandona*



este proceso de trabajo en manos de pescadores independientes que asumirán todos los riesgos que amenazan a la producción pesquera” (Rodriguez, 1991).

En nuestra zona de estudio la actividad se desarrolla principalmente con la pesca mediante redes, las cuales varían en sus medidas, tamaños y calidades. Su confección suele estar a cargo de las esposas de los pescadores comerciales o integrantes de su grupo familiar, si bien en algunos casos, las obtienen mediante la compra. El tamaño de los tejidos se relaciona directamente con la cantidad de pescado que puede extraerse por cada lance. Así en función de la capacidad económica que tenga el pescador para acceder a mejores calidades, mayores cantidades y tamaños de este medio, se verá determinada a su vez en cierta parte, la productividad que tenga cada salida.

En sus trabajos, Fernando Balbi (2008) remarca que los medios de trabajo utilizados por los pescadores son de bajo valor cuantitativo y su venta, no permitiría al pescador obtener otras herramientas para insertarse en un área económica distinta como pequeño productor; en este sentido sus herramientas no constituirían un capital en el sentido estricto del término, ya que dado su bajo valor relativo, tiene características “no libres”. En otras palabras: los productores capitalistas organizan y planifican su producción con el fin de obtener una ganancia media; de no ser esto posible, pueden abandonar esta rama de la producción, vendiendo sus herramientas y maquinarias e insertarse en otra área productiva. Una de las características del capital es esta búsqueda permanente de la máxima ganancia y la movilidad. Esto no se presenta como posibilidad para los pescadores, quienes dado el bajo valor de venta de sus herramientas, deben permanecer en la actividad ictícola, aún cuando los precios de los productos no permitan obtener la ganancia media deseada -o ganancia alguna-. El traspaso a otros sectores productivos se hace en calidad de proletarios.

Por otra parte estas herramientas tampoco poseen una productividad tal, que les permita generar acumulación de capital en el corto y mediano plazo. A la vez, esa misma característica de bajo valor de sus medios de trabajo, permite el ingreso a otros productores que no posean una capitalización previa importante.

Centrándonos específicamente en el proceso de pesca, es importante resaltar que luego de la captura el pescado debe ser limpiado y envasado. Posteriormente se procede a la entrega del producto en los puntos de venta en donde se encuentran los acopiadores que en el caso de nuestro barrio de estudio son tres pescaderías que se localizan a la entrada del mismo

La entrega para la venta debe realizarse en un lapso de tiempo muy breve desde el momento de la captura ya que el pescado es un alimento que alcanza niveles de descomposición muy rápido



desde su extracción del ambiente natural; a menos que se lo conserve en condiciones de refrigeración adecuadas y prontas.

Los medios técnicos de refrigeración con los que cuentan los distintos actores de la cadena, son disímiles. Los pescadores, generalmente no tienen la posibilidad -ni económica, ni espacial, ni temporal- de llevar en sus canoas contenedores térmicos o hielo para la conservación de la captura. Así, sus estrategias de preservación de la misma se reducen al eviscerado, limpieza y protección del calor solar. Esta carencia de medios de conservación se mantiene también en tierra. Cabe resaltar además que el argumento acerca de la descomposición del pescado es utilizado como una herramienta para disminuir el monto abonado a los pescadores, independientemente del verdadero nivel de deterioro que haya alcanzado el producto en el traslado, ya que existe un grado importante de variabilidad de criterio respecto de lo que es un pescado en buen estado o no.

Los intermediarios por otro lado, son los únicos poseedores de cámaras de refrigeración, lo que les permite mantener y acumular el producto por mayor cantidad de tiempo.

En el momento de la venta es cuando se establece el precio del producto. El mismo se determina en la mayoría de los casos por la cantidad de pescado entregado y disponible. En épocas de mucha extracción el precio baja invirtiéndose esta relación en períodos de merma. De este modo, los pescadores nunca salen al río, sabiendo el monto al que podrán colocar su producto. De acuerdo a uno de nuestros entrevistados: “*te conviene que no salga, laburas mejor que si sale mucho. Porque vos con poquito pescado estás haciendo esa plata, es lo mismo.*” (Pescador I, 2011). No obstante la conveniencia que remarca a raíz de la relación nivel de capturas-precio, las jornadas de trabajo tienen la misma cantidad de horas. Recordemos lo dicho respecto de lo incierto de la productividad en nuestro caso ante la imposibilidad de actuar sobre la reproducción del objeto de trabajo.

En alguno de los casos lo obtenido por la carga entregada sólo alcanza para cubrir los gastos de nafta y generar una mínima ganancia que si son dos personas o más debe ser repartida. Los pescadores se ven así compelidos a recurrir a otras alternativas para su sostenimiento económico. Una de ellas es solicitar “préstamos” a los mismos compradores del pescado, los cuales pueden realizar un adelanto de nafta para que los trabajadores ictícolas puedan volver a la actividad, pero a su vez, sobrevaluando el precio de la misma. En palabras de una pescadora:

“*Vos venís desesperado, no tenés, vos tenés que recuperar tu nafta para salir mañana a la mañana, tenés que volver a entregar, vos tenés familia, tenés que dejarle plata a tu mujer, a tus chicos, tenés que irte y no te queda otra*” (Pescadora B, 2011).



En un informe del año 1969 de la Dirección General de Pesca y Conservación de la Fauna, Vidal (1969) ya remarcaba esta conflictividad relacionada a la comercialización de los productos al señalar la variabilidad respecto de la demanda y los precios relacionados al producto. Así señalaba cómo muchas veces los pescadores luego de extensas y arduas jornadas de trabajo, al llegar al momento de la venta se encontraban con la negativa por parte de los acopiadores de comprar este producto. Esto conlleva a una baja constante de los precios de venta e incluso a devolver todo lo pescado a los cauces del río.

Además de la venta a los intermediarios, algunos pescadores cuentan con instancias de venta directa al público ya sea porque los mismos particulares se acercan a los domicilios para comprar pescado o nutrias, o por el establecimiento de puestos o “carritos” por parte de los pescadores. La posibilidad de acceder a la instalación de estos espacios de venta, está directamente relacionado con ciertos grados de capitalización previa de los pescadores ya que supone tener acceso a otros medios, principalmente un vehículo para realizar los traslados de la mercadería. Requiere además de un fuerte involucramiento por parte del grupo familiar ya que las jornadas de pesca son largas y extenuantes, dificultando su continuación en la actividad de la venta. La necesidad de habilitaciones municipales y bromatológicas es otro de los factores que dificulta el desarrollo de la comercialización directa.

b) Organización social del trabajo.

El proceso de trabajo en el Mangrullo se halla en manos de unidades domésticas que utilizan su propia fuerza laboral y son propietarias de sus medios de trabajo. El pescador por lo general, se inicia a los 15, 16 años –si bien hay casos de niños de menor edad-, la mayoría como parte de la tradición familiar (padres y abuelos ya se dedicaban a la pesca). Muchos abandonaron la escuela para dedicarse a esta actividad.

La excepción a la propiedad de las herramientas se da en el caso del peonaje, una forma de organización mediante la cual un individuo poseedor de canoa y artes de pesca, permite el uso de sus herramientas a un peón, el cual a cambio otorga el 50% de lo extraído. Encontramos dos formas de peonaje: entre un pescador capitalizado y su peón o entre acopiadores y pescadores.

En el caso de la primera de las formas, de acuerdo a los relatos obtenidos, los costos de cada salida (nafta, aceite) así como los desperfectos y roturas que puedan sufrir las herramientas, corren a cargo del propietario de las mismas. Esta forma de organización puede darse en los casos de



aquellos que recién se inician en la actividad o bien entre los que se avocan a la misma en épocas de arribada².

El acceso a la propiedad de los medios del trabajo se da, en general, luego de un tiempo de haber desarrollado la pesca, como una suerte de “evolución natural” dentro de la actividad, erigiéndose en un símbolo de progreso e independencia.

En cuanto al segundo tipo de peonaje, son los acopiadores los propietarios de los medios de trabajo y cuentan con pescadores que regularmente explotan esos medios por ellos. La división de lo obtenido, de acuerdo a los relatos, se da en tres partes: se descuenta lo insumido en nafta y se divide el resto en dos partes iguales; una será para el pescador y otra para el acopiador. Esa división de dinero se da sobre el precio que el acopiador abona al pescador, no sobre el precio final de venta al consumidor o al frigorífico. Es fácilmente observable así, que la división es inequitativa ya que lo que para el pescador se presenta como una división de dinero, es en realidad una división de las mercancías de la que cada actor obtendrá ganancias diferenciadas: los pescadores el precio puesto por el acopiador y éste último el precio de venta al público o a los frigoríficos, obteniendo así siempre un rédito mayor.

c) Articulación de los subprocessos

La articulación del sub-proceso de captura con el segundo sub-proceso que nos ocupa (el de conservación y venta) se realiza mediante el intercambio mercantil entre las unidades productivas domésticas (los pescadores) y los acopiadores, quienes cuentan con el capital económico y social necesarios para el acondicionamiento y comercialización en el mercado. En otras palabras, cuentan con la apropiación monopólica de los medios de trabajo implicados en las operaciones de traslado y conservación y una red de relaciones sociales que pueden movilizar en un momento determinado y que puede proporcionarle mayor provecho de las otras formas de capital poseídas, constituyéndose en una fuente de poder (Bourdieu, 2011). Es gracias a esto que los acopiadores tienen la capacidad de organizar, si bien de modo indirecto, la fase productiva de extracción y principalmente de imponer las condiciones del intercambio estableciendo las bases de la desigualdad del mismo.

Así, si bien el pescador conserva el control sobre el proceso de trabajo ya que no se ha instaurado la separación entre él y los medios de producción, las relaciones de explotación se constituyen a partir de las relaciones de compra-venta en el mercado capitalista.

Al exponer la forma de circulación del capital Dinero-Mercancía-Dinero (D-M-D), Marx habla de un ciclo que implica dos transformaciones, dos fases: una primera o compra D-M en la que el

² Es decir, aquellos períodos de mayor salida de capturas.



dinero se transforma en mercancía y una segunda M-D o venta en la que la mercancía se convierte nuevamente en dinero. En estos casos el comprador, sólo desembolsa dinero para volver a obtenerlo en tanto vendedor, lanza dinero a la circulación para luego volver a sustraerlo de ella (Marx, 1999).

Ambos polos de esta ecuación están dados por el dinero, es decir que entre ellos no media ninguna diferencia cualitativa, ya que las sumas del mismo sólo se diferencian por su magnitud. Este proceso debe su contenido entonces a las diferencias cuantitativas que puede alcanzar, adquiere sentido en tanto acaba sustrayendo de la circulación más dinero del que lanzó en primer lugar. De este modo, cuanto menor sea el dinero invertido en la fase D-M, o sea cuanto menor sea la cantidad de dinero desembolsada, mayor rango de variación puede obtenerse en la segunda fase M-D'.

Trasladando estos conceptos a nuestro campo de estudio, cuanto menor sea el precio pagado a los pescadores, mayor es el rango de ganancia que puede obtener el acopiadador al momento de la venta al mercado, generándose una transferencia sistemática de plusvalor producido por los pescadores a favor de los acopiadores. Cabe resaltar además que dentro de este proceso de venta e intercambio, muchas veces la primer parte de esta ecuación D-M no se concreta en forma tal, sino que se entrega la captura en concesión y sólo cuando se efectiviza la venta al mercado (consumidor final o frigorífico), se desembolsa el dinero correspondiente.

Como puede apreciarse en base a lo previamente expuesto, uno de los principales motivos por lo cual esta situación acontece es por las diferentes capacidades de acceso a los medios de refrigeración ya que la posesión de los mismos genera una variación respecto de la cantidad de tiempo que puede retenerse el producto, lo cual se traduce directamente en desigualdades al momento de realizar los intercambios.

Al decir de Balbi en el caso de los pescadores del Delta entrerriano:

“El intercambio desigual resulta de la distribución social de los medios técnicos de producción pesquera, la cual se traduce en la incapacidad de los pescadores para acceder directamente a los centros de consumo” (Balbi, 2008, pág. 157).

Una característica a destacar de estas transacciones es que se encuentran en gran parte personalizadas –transacciones de favores recíprocos, lazos de parentesco, amistad y vecindad-, por lo que las diferencias de intereses son manejadas y controladas, reduciendo el nivel de los eventuales conflictos. Esto ha sido largamente trabajado por Fernando Balbi a lo largo de sus estudios. Tanto en sus trabajos como en nuestra investigación podemos apreciar cómo el acceso a la venta de la captura está mediado por la participación en una red de relaciones sociales interpersonales que le permitan al pescador realizar el intercambio. En las entrevistas que hemos



podido realizar, los pescadores nos remarcan que “*si no te conocen, no te lo compran*” (Pescadora B, Entrevista Nº4, 2011), sin contar que se generan instancias de “castigos” en relación a los precios y a las compras en función de la “fidelidad” de venta a un determinado acopiador.

En la construcción de estos lazos participan distintos elementos, entre los que cabe resaltar los préstamos que mencionáramos más arriba, los cuales surgen paradójicamente, ante la necesidad generada por los bajos precios abonados por los intermediarios compradores, reforzando las relaciones de explotación.

Muchas veces además, al momento mismo de salir a pescar, existen acuerdos previos de entrega con algunos acopiadores. Si bien esto permite reducir ciertos rasgos de incertidumbre que revisten a la actividad, junto con ello decrece la capacidad de generar instancias de regateo entre pescadores a intermediarios al momento de la entrega. En palabras de Balbi:

“Los beneficios que la relación con el intermediario brinda al pescador están sujetos a la creciente personalización de su trato con él, la cual supone, evidentemente, la estabilización de la relación y a la vez sirve de fundamento para ella” (Balbi, 2008, pág. 165).

Expuesta esta situación puede observarse cómo es en este monopolio de la capacidad de conservar el producto que se hallaría la causa principal que genera la explotación de los pescadores, en tanto carecen de herramientas o espacio de venta alternativo para poder realizar la venta del pescado o acumularlo hasta que las condiciones de mercado sean más propicias. Como deja sentado uno de nuestros entrevistados pescador:

“Ese es el mayor problema, a nosotros que tenemos que ir a morir ahí, si o si, si tuviéramos una cámara en este tiempo, tenés una cámara grande, yo los puedo juntar a los pescados, decimos: vamos a entregarlo juntos, llenamos la cámara, llamamos al camión” (Pescador A, Entrevista Nº2, 2009).

En el seno de este entramado de relaciones sociales de producción, las alternativas de los productores consistirán entonces en persistir en su actividad bajo ese horizonte de objetivos, abandonarla, alternar con su proletarización o, cuando estén en condiciones, desplegar ciertas estrategias tendientes a una acumulación y ampliación de su “capital” (Prol, 2010, pág. 21).

Considerando todo lo dicho, retornemos entonces al problema que dio origen a estas indagaciones. Es conveniente recordar para ello que durante nuestro proyecto de trabajo emprendido con esta población de pescadores, se accedió mediante un subsidio estatal a la posibilidad de comprar e instalar una cámara de refrigeración para ser gestionada conjuntamente por los trabajadores ictícolas. Esto permitiría sortear el conflicto de la incapacidad de inversión,



adquirir este medio de conservación, y de este modo, evadir uno de los principales obstáculos y ejes de explotación. Este emprendimiento supondría que los actores asuman nuevas capacidades y valores orientados a la gestión colectiva de la producción y su comercialización incorporando dimensiones novedosas en sus procesos de trabajo desde la lógica de la economía social y solidaria, a la vez que generaría una notoria mejoría en su posición de negociación.

Sin embargo el proceso no pudo sostenerse. Los actores no adoptaron una actitud activa en el proceso de planeamiento e instalación de la cámara para su funcionamiento, manteniendo la venta a los intermediarios, en las mismas condiciones que hasta aquí hemos descripto. No lograron consensuarse pautas de funcionamiento mínimas en torno al proyecto, ni conformar un grupo estable que se erigiera en coordinador y gestor del emprendimiento. Por otra parte, a lo largo del proceso, se planteaban salidas de corte individual que apuntaban a la compra de freezers o redes, echando por tierra el trabajo colectivo y la instalación de la herramienta.

Existiendo entonces la posibilidad de soslayar las condiciones materiales de dominación, es decir habiendo sorteado estos impedimentos económicos concretos que se plantean, ¿por qué no se trasciende este vínculo? Creemos que la existencia de factores de dominación simbólica, propios de la relación que se ha establecido entre pescadores e intermediarios, juegan un papel preponderante. Estos sistemas simbólicos, en tanto instrumentos de comunicación y de dominación, hacen posible el consenso lógico y moral, al mismo tiempo que contribuyen a la reproducción del orden social. Es en esta línea que nos proponemos continuar este trabajo.

IV. RELACIONES DE DOMINACIÓN

a) De lo individual de lo colectivo: una compleja transición

En las siguientes líneas intentaremos adentrarnos con mayor profundidad en la dificultad de los agentes para trascender los vínculos de dominación los cuales, asentados sobre las disposiciones de los individuos, los hace partícipes de su propia opresión.

A este respecto, conviene comenzar explicando que los agentes poseen una “*captación activa*” (Bourdieu, 2000, pág. 133) del mundo, es decir construyen su visión del mundo, pero bajo coacciones estructurales. Esto desemboca en que aquello que nos rodea, nuestras experiencias cotidianas tienden a aparecerse como evidentes para nosotros, como dadas. Al existir esta conciliación permanente entre posición y percepción, los agentes “*aún los más desventajados*” (ídem) desarrollan una tendencia a reconocer el mundo como incuestionable y a aceptarlo mucho más ampliamente de lo que podría pensarse.



Cabe resaltar además que las expectativas de aquellos sometidos al orden instituido apuntan a ajustarse a las posibilidades que el mismo exhibe, apareciendo por ende, para los en él involucrados como dado e indiscutible. Sin embargo para aquellos que no se hallan formados dentro de ese orden, las mismas condiciones pueden presentarse como “insopportables e indignantes” (Bourdieu, 1999, pág. 228).

Estos aportes, nos permite también extraer elementos para comprender por qué una salida que para el interventor foráneo aparece como evidente y clara (la gestión de un emprendimiento de índole asociativo) no se presenta de la misma forma para nuestros actores. Su socialización dentro de estos parámetros de intercambio y las características diversas que toman sus necesidades, marcadas por la inmediatez de la supervivencia cotidiana dificultan la posibilidad de concebir otras realidades otorgándoles una prospectiva que les permita dirigir su accionar.

Podemos además, comenzar a encontrar principios de explicación que nos ayuden a comprender por qué un cambio en las condiciones externas no genera necesariamente modificaciones en los vínculos establecidos entre los actores. La posibilidad de instalar una cámara de refrigeración no deviene necesariamente en la posibilidad de trascender los vínculos de dominación ya que los mismos se hallan inscriptos en los esquemas corporales y de pensamiento de los pescadores, quienes por ello participan a su vez en su sostenimiento y reproducción. Las prácticas de nuestros actores se hallan constreñidas por su hábitus, actuando como ley de sus direcciones y de sus movimientos.

Creemos de importancia resaltar aquí el lugar de la familia en las estrategias de reproducción de la dominación. La misma, de acuerdo a Bourdieu, constituye una ficción social que contribuye a instituir en cada uno de sus miembros predisposiciones y sentimientos adecuados que permitan la integración social. En este sentido, en nuestro caso de estudio, el núcleo familiar cumple un papel fundamental para el sostenimiento de los vínculos de explotación con los intermediarios de la cadena productiva. Como mencionábamos anteriormente, la actividad de la pesca posee un fuerte componente hereditario. En el traspaso de la actividad de padres a hijos no sólo se transmiten las artes respectivas a las formas y procesos de trabajo sino, a su vez, las condiciones en que la venta del producto debe realizarse.

Consideramos entonces, que resulta en extremo simplificado creer que a partir de la conciencia y la voluntad pueden superarse los elementos arraigados por la dominación simbólica. Si bien sus habitus no son un destino (Bourdieu, 1999, pág. 237), es ilusorio pensar que transformaciones en sus condiciones de producción y aún acciones de índole simbólico, como fueron las capacitaciones



pensadas previa instalación de la cámara de refrigeración, podrían extirpar las creencias y disposiciones corporales de nuestros agentes.

En torno a esta dificultad para concebir otros escenarios, otro de los elementos a destacar fueron las salidas netamente individualistas que se plantearon por parte de los pescadores ante la situación de estancamiento del proceso asociativo. Al encontrarse con dificultades para consensuar la forma de gestionar colectivamente el uso de la cámara, se plantearon alternativas que versaron alrededor de la compra de redes de pesca o freezers, los cuales dan por abolido todo proceso de trabajo conjunto ya que no se postula una modificación en los términos de comercialización del producto ni en la lógica de trabajo, dejando en evidencia la escasa internalización de pautas asociativas.

Esto es ratificado también por un dirigente de una agrupación de pescadores de la zona norte de la ciudad de Rosario, quien resalta las dificultades para lograr esta aglomeración entre los trabajadores ictícolas: “*cuesta crear conciencia en el pescador. Yo he ido casa por casa. A veces lo que uno les dice les entra por un oído y sale por el otro, otras veces lo escuchan y cuando me doy vuelta me critican. El pescador es muy ‘reo’*” (Dirigente Agrupación de Pescadores de Rosario, 2009).

Retrotrayéndonos a sus formas de trabajo, veremos que en las prácticas de intercambio encontramos indicios de esta manera de funcionamiento dentro de la actividad, como podemos apreciar en los siguientes extractos de entrevistas realizadas:

“*Hubo un tiempo que (...) una de las pescaderías, habían parado los camiones, no venían entonces el tipo (acopiador) ¿sabes lo que hacía?, decía: vos querés traerme pescado, tráeme. Plata, no hay. Si viene el camión te doy, si no, no. Nosotros estábamos todos parados, porque si no había plata ¿para qué íbamos a pescar? Pero otros le llevaban la chata llena todos los días. Le entregaron como 10.000kg de pescado (...) en vez de respetar a nuestros compañeros, los tipos iban y le entregaban igual, ese es el problema*” (Pescador A, Entrevista Nº2, 2009).

Cabe destacar además que en casos observados en que un pescador logra el acceso a ciertos niveles de capitalización y puede acceder al acopio de las capturas de otros trabajadores ictícolas, reproducen las mismas lógicas de intercambio opresivo. Si bien suben un poco el precio de compra, no alcanza los niveles que ellos mismos reclamaban en tanto vendedores. Por otra parte, mantienen la tendencia al pago de los productos una vez que han sido colocados en el mercado en lugar de hacerlo al momento de la entrega.

Se aprecian así rastros de un fuerte individualismo instalado en la subjetividad de los pescadores, dificultando la adopción de la noción de trabajo colectivo. Fundamentalmente, obstaculizan la



cooperación, elemental para la construcción de un proyecto común (Dicapua, Mascheroni, Perbellini, Solero, Tavella, & Valentino, 2011).

Primeramente quisiéramos aclarar que, siguiendo a Dessors y Molinier (1998), hablaremos de colectivo cuando las relaciones de confianza y de cooperación se hacen posibles por medio de la elaboración de reglas comunes:

“La dimensión técnica de la regla es sin duda la que parece más evidente. Pero las reglas del oficio no determinan únicamente las maneras de hacer, organizan también las condiciones de la cooperación, es decir las maneras de decir, el vivir juntos y los modos de la convivencia. Comportan finalmente una dimensión ética esencial para poder estatuir sobre lo que es justo o sobre lo que está bien hacer” (Dessors & Molinier, 1998, pág. 14).

En este punto conviene señalar con Dejours (1998) que la *cooperación* -que se distingue de la *coordinación*, la cual garantiza las condiciones lógicas y cognitivas de una articulación exitosa de las actividades- depende de la voluntad de las personas para trabajar juntas y superar colectivamente las contradicciones que nacen en la organización del trabajo (Dicapua, Mascheroni, Perbellini, Solero, Tavella, & Valentino, 2011).

Desde esta misma perspectiva teórica, y como anticipábamos más arriba, la cooperación sólo se vuelve efectiva si los trabajadores tienen el deseo de cooperar. Esto supone esfuerzos de inteligencia, de deliberación, para construir criterios sobre la mejor manera de arbitrar las contradicciones y resolver las dificultades que se presentan, esfuerzos para involucrarse en el debate de opiniones necesarias para acompañar las elecciones o decisiones sobre la organización del trabajo (Dejours, 1998).

La cooperación exige relaciones de confianza “(...) *una dimensión irreductible del trabajo, de la calidad, de la seguridad*” (Dejours, 1998). La misma, no es un sentimiento sino una construcción colectiva. Es decir, no se desarrolla en el orden de lo psico-afectivo sino en el plano de la deontica, es decir “*la construcción de acuerdos, normas y reglas que encuadran la manera de ejecutar el trabajo*” (Dejours, 1998, pág. 41). En la cooperación podemos ver una contribución de los trabajadores a la organización del trabajo que pasa por la forma en que el mismo debe ser concebido y gestionado, “*contribución de la que sólo el deseo propio de cada sujeto puede ser portador*” (Dejours, 1998, pág. 42).

En este punto podemos ver la tensión resultante entre los esquemas de percepción y acción incorporados en nuestros agentes, caracterizados por prácticas de trabajo en aislamiento y bajo condiciones de intercambio que fomentan la competencia por la obtención de mejores precios de



venta - aún cuando esto actúe en detrimento del resto de los trabajadores de la pesca de la zona- y la dimensión de la cooperación que traímos anteriormente. Asentada sobre el deseo de los individuos, esta forma de cooperar se enfrenta con las inscripciones metales y corporales de nuestros agentes.

b) Los vínculos personales como elemento de dominación.

Al analizar las distintas formas de la reproducción social y fundamentalmente, la de las relaciones de dominación, Bourdieu (2011) establece una diferenciación entre la forma que reviste la misma en las sociedades capitalistas y precapitalistas centrándose esencialmente en los grados de objetivación del capital social acumulado, en los cuales reside el fundamento de las diferencias entre los modos de dominación.

En las sociedades capitalistas modernas, el capital se encuentra inscripto en instituciones que aseguran su sostenimiento, contribuyendo a la objetivación del mismo y a la multiplicación de las relaciones constitutivas de ese orden social. Esta objetivación garantiza la posibilidad de permanencia de los vínculos opresivos, sin que los agentes dominantes tengan que recrearlos continuamente mediante sus acciones.

Por el contrario, en las sociedades protocapitalistas, al no estar las mencionadas condiciones dadas, se plantean mayores dificultades para el sostenimiento de los vínculos de opresión. Es así que “*los dominantes deben dedicarse a un trabajo de continua creación de las relaciones sociales, reducidas a relaciones personales*” (Bourdieu, 2011, pág. 43), viéndose compelidos a recurrir al trabajo directo, personal y cotidiano, es decir, a formas más sutiles de dominación, características de lo que el autor denomina “*violencia simbólica*” a fin de reproducir las condiciones de dominación.

De acuerdo a este análisis, muchas de las particularidades que reviste el proceso particular de venta de sus capturas, pueden adjudicarse a formas precapitalistas. Al no existir un mercado de trabajo propiamente dicho o instituciones estatales que regulen las condiciones de los vínculos económicos acaecidos entre pescadores y acopiadores, se carece de formas objetivas e instituciones que sostengan y reproduzcan la asimetría de los mismos. Es por esto que los mencionados vínculos de explotación se sostienen en gran medida, sobre las relaciones personales entabladas entre estos dos actores. Los intermediarios “*no pueden apropiarse del trabajo, de los servicios (...) del respeto de los otros sin 'ganárselos' personalmente, sin 'atarlos', (...) sin crear un vínculo personal de persona a persona*” (Bourdieu, 2011, pág. 61).

Como mencionábamos someramente en el apartado anterior, la posibilidad de vender la captura al fin de la jornada se encuentra estrechamente vinculada a las relaciones interpersonales que el



pescador es capaz de entablar con los demás actores del proceso productivo. El “ser conocido” o sostener la fidelidad de venta a los mismos intermediarios aparece como un elemento fundamental a la hora de realizar los intercambios.

De este modo, como analiza Laura Prol (2010) siguiendo los estudios de Balbi, las relaciones entre pescadores y acopiadores, no se reducen a la esfera económica, en la que los actores confluyen en el mercado para intercambiar sus mercancías; sino que involucran la tarea de entablar y mantener vínculos personales, mediante el despliegue de otras prácticas, orientadas a reforzar la cooperación mutua y que pueden derivarse de lazos de parentesco, vecindad o amistad.

Cabe resaltar distintas estrategias esgrimidas. En algunas oportunidades los acopiadores manifiestan comprar la carga de los pescadores aún cuando el mercado presente volúmenes de demanda deprimidos, asegurando a los trabajadores ictícolas niveles de compra relativamente estables y permitiendo al intermediario a su vez “*mantener al pescador*” (Prol, 2010, pág. 18), es decir, conservarlo como proveedor. Para el pescador, si bien esta práctica actúa como una garantía de que su acopiador le compraría de forma regular, implica la necesidad de sostener este vínculo de fidelidad de venta a pesar de que los precios que le pagara fueran inferiores a los que pueden ofrecer otros compradores, actuando en complicidad con la situación de dominación.

En este mismo sentido, Prol (2010) nos cuenta cómo desde décadas pasadas los vínculos entre pescadores y acopiadores se reforzaban con una relación de “amistad”, a través de la cual el acopiador colaboraba en “*los imprevistos que vivía alguno de ‘sus’ pescadores (prestandole motores y redes, adelantándole dinero para renovar o reparar parte de su equipo, etc.) o de los miembros de sus grupos familiares*” (ídem, pág. 18).

Aunque estas formas de vinculación concedan cierto grado de previsión a la actividad que, como previamente hemos dejado sentado, se halla siempre sujeta a toda una serie fluctuaciones e imprevistos, otorga una herramienta de sujeción muy fuerte a los mismos ya que las infracciones de estos códigos de conducta, de estos pactos implícitos de fidelidad, puede devenir en la imposibilidad de vender las capturas, en un castigo a la transgresión, otorgando a los actores dominantes del vínculo amplios márgenes de explotación vía establecimiento de precios y reduciendo al máximo la posibilidad de regateo para los pescadores.

Otro de los elementos que contribuyen a la coacción es la proximidad espacial en la que se desarrollan las actividades cotidianas y laborales de pescadores y acopiadores. Es esta cercanía la que otorga a los intermediarios un control diario acerca de las jornadas de pesca, las cantidades extraídas y demás variables operantes. En palabras de uno de los pescadores: “*tendrían que seguir*



pagándotelo siempre igual, pero los avivados son estos viste, los acopiadores, cuando ven que sale mucho. Ellos están acá, saben cuánto sale” (Pescador A, Entrevista Nº2, 2009).

La proximidad entre los espacios en que se desarrolla la actividad y los lugares de venta, generan un fuerte control por parte de los intermediarios acerca de las variables intervenientes en las capturas (volúmenes, tiempo dedicado a cada salida, cantidad de salidas, etc.), otorgando elementos de presión al momento de la venta del pescado. Por otra parte, el saberse observados y controlados genera una tendencia al disciplinamiento y sujeción de los agentes a esas presiones.

V. Conclusiones y reflexiones finales

El principal interrogante que dio origen a esta investigación versaba sobre las características de las formas de organización de las prácticas laborales de los pescadores del barrio Mangrullo y acerca de los lazos comerciales establecidos con los intermediarios de la cadena productiva. A partir de las experiencias en el territorio, nos preguntábamos cómo influían estos factores sobre la posibilidad de trabajar en forma conjunta para la superación de las condiciones desiguales de intercambio.

A partir de la conjugación del trabajo de campo con elementos teóricos marxistas, conseguimos identificar y describir los procesos de trabajo de los pescadores comerciales del barrio Mangrullo. Los mismos, están caracterizados por un objeto de trabajo que no es factible de ser reproducido libremente y que se encuentra sometido a diversas fluctuaciones – los regímenes hídricos y de reproducción de las especies, oscilaciones estacionales, por mencionar sólo algunos-. La posibilidad de intervención del hombre sobre esta materia es casi nula. Por esto mismo, el proceso productivo pesquero y principalmente uno de sus subprocesos, la captura, aparece signado por grados de riesgo e incertidumbre muy altos, dejados en mano de los pescadores.

En cuanto a los medios de trabajo utilizados, si bien la mayoría son propietarios de los mismos – exceptuando los casos de peonaje-, su bajo valor cuantitativo no permite a los pescadores que su venta los habilite a insertarse en otra área productiva como pequeños productores. Conjuntamente a esto, las herramientas de trabajo no poseen niveles de productividad que admitan grados de acumulación en el corto o mediano plazo.

Otro de los márgenes de incertezas que deben afrontar los trabajadores ictícolas es respecto del precio de venta del producto, el cual se establece en el momento mismo de la entrega. A partir de diversas estrategias esgrimidas, los acopiadores – intermediarios entre pescadores y los espacios de venta– establecen los términos de un sistema desigual de intercambio.



Desde el punto de vista productivo, el principal elemento que permite el sostenimiento de esta situación de dominación puede hallarse en la desigual distribución de los medios técnicos de refrigeración. Mientras los acopiadores cuentan con cámaras de congelación que les permiten retener el producto hasta que las condiciones de venta sean propicias, los pescadores deben entregar la captura inmediatamente luego de su extracción, ya que el pescado es un producto que alcanza niveles de descomposición en muy corto tiempo. Sumado a esto, los intermediarios de la cadena cuentan con mayores cuotas de capital social, es decir, poseen redes de relaciones sociales factibles de ser movilizadas y que les permiten obtener mayor provecho de las otras formas de capital poseídas.

Son fundamentalmente estos dos elementos los que permiten a los acopiadores organizar, si bien de manera indirecta, la fase de captura y extracción así como los términos desiguales en los que los intercambios mercantiles acontecen.

La caracterización del proceso productivo pesquero nos permitió ratificar supuestos propios y presentes en otros trabajos (Balbi, 2008; Prol, 2008; Rodriguez, 1991) acerca de la fuerte implicancia existente entre las condiciones materiales de producción y los vínculos de dominación. Sin embargo, no nos otorgó herramientas para comprender por qué, sorteadas estas limitaciones económicas concretas, los actores no lograron trascender estos vínculos mediante la gestión colectiva de medios de refrigeración. Acudimos entonces a otros elementos teóricos, fundamentalmente la obra de Pierre Bourdieu, para adentrarnos en el ámbito del papel de las formas simbólicas en la producción y reproducción de las desigualdades sociales.

Siguiendo al autor, establecimos que las condiciones del mundo social tienden a perseverar en el ser por medio del acuerdo entre mecanismos cognitivos inscriptos tanto en las subjetividades y en los cuerpos de los agentes como en las estructuras objetivas del mundo.

Los individuos no se sujetan a las condiciones de opresión debido a mecanismos conscientes y racionales, sino a causa de estructuras estructurantes, los habitus, que actúan como esquemas mentales a través de los cuales los individuos aprehenden el mundo social. Los mismos, se encuentran fuertemente ligados a la determinación de lo pensable y de lo no pensable, de lo posible y de lo imposible, con la consecuente adhesión o ajuste casi inmediato y tácito al orden establecido. Pudimos ver entonces que las prácticas de los pescadores indagadas se hallan constreñidas por sus habitus, actuando como norte de sus direcciones y movimientos.

Redunda esto en que un cambio en las condiciones de producción no genera necesariamente modificaciones en los vínculos establecidos entre los actores del proceso productivo. La instalación



de una cámara de refrigeración no deviene forzosamente en la posibilidad de trascender los vínculos de dominación ya que los mismos se hallan inscriptos en los esquemas corporales y de pensamiento de los pescadores, quienes por ello participan a su vez en su sostenimiento y reproducción.

La socialización de nuestros actores dentro de estos parámetros de intercambio, dificultan la posibilidad de concebir otros escenarios que encaminen su accionar. En este marco, y debido al fuerte contenido hereditario de la actividad, el núcleo familiar cumple un papel fundamental para la reproducción de los vínculos de explotación.

En el análisis de estos elementos de permanencia en el accionar de nuestros agentes, resaltamos también el sostenimiento de prácticas y posturas individualistas que chocaban contra los intentos de iniciar actividades tendientes al trabajo colectivo. Esta forma de trabajo, decíamos siguiendo Dejours (1998), no se reduce a una mera coordinación de tareas sino que implica un involucramiento activo de los trabajadores en la construcción de criterios sobre la mejor forma de arbitrar las contradicciones y resolver las dificultades que se presentan en la organización del trabajo. Es preciso para esto, que se asiente sobre la voluntad y el deseo de los individuos de realizar estos aportes activos. Sostenemos, junto con Coraggio (2001), que estas estrategias asociativas de trabajo no pueden asentarse en individuos aislados, sino que resultan de procesos colectivos de aprendizaje.

Establecida esta fuerte relación entre cooperación y deseo, podemos ver la tensión que aparece ante el choque con los esquemas de percepción y acción incorporados en nuestros agentes, caracterizados por prácticas de trabajo en aislamiento y bajo condiciones de intercambio que fomentan la competencia por la obtención de mejores precios de venta.

Finalmente, hicimos referencia a la importancia que revisten los vínculos personales entre pescadores e intermediarios para el sostenimiento de la dominación. Al no existir formas institucionales objetivadas que permitan la reproducción del poder, los acopiadores deben crear vínculos de persona a persona que le permitan sujetar a los pescadores a las relaciones desiguales de intercambio.

Podemos ratificar entonces que las prácticas de trabajo y comercialización de los pescadores del barrio Mangrullo están marcadas por características de dependencia y dominación dadas por la relación establecida con intermediarios de la cadena productiva, la cual es engendrada gracias un desigual acceso a los medios técnicos de refrigeración y reproducida y sostenida con el involucramiento de ambos actores. Estas inscripciones dificultan a los actores foco de estudio la



adopción de nuevos roles de gestión y organización, obstaculizando así el trabajo en conjunto y el establecimiento de grupos de trabajo estables.

En este sentido nos gustaría hacer unas últimas aclaraciones: En primer lugar, queremos dejar sentado que consideramos a los dos niveles de análisis empleados en este trabajo un recorte teórico entre otras opciones y que se constituyen en herramientas para una primera aproximación a la indagación.

En segundo lugar, deseamos recalcar que no entendemos a todos estos factores como sentencias definitorias. Como nos explica Bourdieu el habitus no es un destino del que los individuos no pueden escapar sino que se relaciona dinámicamente con la deliberación de las acciones individuales.

Dado el contexto descripto, en donde la personalización de los vínculos posee una fuerte influencia en el sostenimiento de las relaciones desiguales de intercambio y donde no existe un mercado de trabajo formal ni instituciones estatales que intervengan en la regulación de los vínculos entre pescadores y acopiadores, consideramos fundamental la programación de formas de intervención y control de las transacciones acontecidas entre los eslabones de la cadena.

Creemos, junto con Oszlak y O'Donnell (1976), que más allá de la relevancia que poseen los diferentes actores involucrados en las arenas de políticas, los posicionamientos estatales siguen revistiendo relevancia insoslayable, tanto por el respaldo normativo que los mismos poseen como por los variados recursos coactivos de los que puede valerse.

Para los mismos autores, las políticas públicas posibilitan ver al Estado en movimiento, permitiéndonos visibilizar los temas que forman parte de la agenda pública, así como también obtener una visión más acabada acerca de la posición y la forma de intervención que tomará el mismo Estado frente a estas cuestiones, las cuales revisten gran interés para distintos sectores de la sociedad. Es por esto que creemos fundamental la intervención y el posicionamiento estatal en torno a la regulación de los términos en que se dan los intercambios en esta actividad. Es necesaria la implementación de políticas públicas que no sólo intervengan para procurar la persistencia de los recursos, sino que además y fundamentalmente, aseguren la protección de los actores más débiles de la cadena productiva.

A la luz de nuestra propia experiencia en el territorio creemos importante decir que las medidas adoptadas requieren de una acción política conjunta, a partir de la cual se logre desarrollar una estrategia común entre los distintos niveles estatales que intervienen en la materia, organizaciones e



individuos relacionados a la actividad pesquera. Estas vinculaciones son fundamentales para lograr, a partir de una “agenda común”, generar políticas públicas adecuadas y necesarias para el sector.

Los problemas sociales, son “complejos y conflictivos” (Aguilar Villanueva, 1994), producto de una construcción y responden a consideraciones valorativas que atan a una multiplicidad de actores y factores. Los cursos de acción que se emprendan en torno a los mismos involucran debates, disensos, acuerdos, marchas y contra marchas. De todas formas, estos cursos de acción, lejos de implicar soluciones, involucran re-soluciones. Junto con las mismas, los problemas sociales rara vez comprenden cierres definitivos, sino que deben ser “*atacados una y otra vez (...) e irlos transformando mediante la intervención sistemática*” (Aguilar Villanueva, 1994, pág. 59).

Fuentes bibliográficas

Balbi, F. (2008). Sobre la presunta "lógica interna" de una forma "no capitalista" de producción: el caso de los pescadores comerciales del Delta paranaense entrerriano en la década del 1980. En M. Bolvin, A. Rosato, & F. Balbi, Calando la vida: Ambiente y pesca artesanal en el Delta entrerriano. Buenos aires: Editorial Antropología, Serie “Antropología Política y Económica” – GIA-PER.

Boivin, M., Rosato, A., & Balbi, F. (2008). Calando la vida. Ambiente y pesca artesanal en el Delta entrerriano. Buenos Aires: Antropofagia. Serie "Antropología Política y Económica"- GIA PER.

Bourdieu, P. (1999). Meditaciones Pascalianas. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (2011). Las Estrategias de la reproducción social. Bueno Aires: Siglo XXI.

Coraggio, J. L. (2007). La Economía Social desde la periferia: Contribuciones latinoamericanas. Altamira.

Dejours, C. (1998). De la psicopatología a la psicodinámica del trabajo. En D. Dessors, & Guiho-Bailly, Organización del trabajo y salud. De la psicopatología a la psicodinámica del trabajo. Buenos Aires: Lumen.

Dicapua, M., Mascheroni, J., Perbellini, M., Solero, C., Tavella, M., Valentino, N. “Empresas recuperadas: cooperación y conflictividad.” Revista OSERA (1º semestre 2011). IIGG. UBA.

Dubar, C. (2002). La crisis de las identidades: La interpretación de una mutación. Barcelona: Bellaterra.

Iwaszkiw, J. (2001). Relevamiento de información de la Pesquería Continental en la provincia de Santa Fe.



Marx, K. (1999). *El Capital: Crítica de la Economía Política I.* México: FCE.

Marx, K., & Engels, F. (1985). "La ideología Alemana". Buenos Aires: Pueblos Unidos.

Mascheroni, J. (2012). Sobre la influencia de las formas de dominación simbólica en la construcción de pautas de trabajo colectivo. El caso de los pescadores del barrio Mangrullo. Rosario, Santa Fe, Argentina: Tesina de grado. Facultad de Ciencia Política y RR.II. Universidad Nacional de Rosario. Defendida el 13 de junio del 2013. Disponible en la biblioteca de la Facultad de Ciencia Política y RR.II

MC-Goodwin, J. (2002). Comprender las culturas de las comunidades pesqueras: clave para la ordenación pesquera y la seguridad alimentaria. F. Roma: FAO.

O'Donnell, G., & Oszlak, O. (1976). *Estado y políticas estatales en América Latina*. Buenos Aires: CEDES.

Prol, L. (2010). *El Río revuelto. La "pesca comercial" santafesina en cuestión (1992-2007)*. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. UNAM.

Prol, L. (2008). El sector pesquero en la provincia de Santa Fe: resultados preliminares de investigación,. IX Congreso Argentino de Antropología Social “Fronteras de la Antropología”, 05 al 08 de agosto de 2008. Rosario.

Rein, M., & Schön, D. (1999). Un discurso de políticas que refleja su marco. En W. e. (comp.), *Ciencias Sociales y Estados Modernos*. México: FCE.

Vidal. (1969). *Actividades Pesqueras en Rosario*. Rosario: Secretaría de Estado de Agricultura y Ganadería. Dirección General de Pesca y Conservación de la Fauna.

Wiefels, R. (2005). *Presente y futuro de los mercados de pescado y productos pesqueros de la pesca a pequeña escala. Casos de México, Perú y Brasil*. Infopesca, FAO.

Documentos

Registro Pescadores Artesanales 2010. Ministerio de Producción. (2010). Recuperado el 14 de Septiembre de 2011, de Portal del Gobierno Provincia de Santa Fe: <http://www.santafe.gov.ar>

Ley Provincial de Pesca 12.212. (2004). Santa Fe.

Espinach, R., & Sánchez, R. (2007). *Proyecto Evaluación del Recurso Sábalo en el Paraná*. Santa Fe: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.

Crespi, R. (2009). “Instalación de un equipo de frío para beneficio de los pescadores artesanales del Barrio El Mangrullo (Rosario). Santa Fe.



CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO
EL MUNDO DEL TRABAJO EN DISCUSIÓN
AVANCES Y TEMAS PENDIENTES

BUENOS AIRES 7, 8 Y 9 DE AGOSTO DE 2013

aset ASOCIACIÓN ARGENTINA
DE ESPECIALISTAS EN
ESTUDIOS DEL TRABAJO
30º ANIVERSARIO

Crespi, R. (15 de julio de 2011). Entrevista realizada al coordinador del Programa de Pesca Artesanal de la Municipalidad de Rosario. (J. Mascheroni, Entrevistador)

Crespi, R. (2009). Puertos Pesqueros Rosarinos. Rosario: SubSecretaría de Economía Solidaria. Municipalidad de Rosario.

Crespi, R. (2011). Registro Pescadores. Rosario.